



30
Cts

AÑO II  N.º 45
22 de agosto de 1931

EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda, por Anita Pinner.
Trader Harg. — Crónica de los Esta-
dos Unidos, por Mary M. Scaulding.
Argumento y fotografías de la pelu-
la ¡Ay que me callo, etcétera, etc.

SUPLEMENTO ARTISTICO



Una de les
situacions
dificilíssimes
en que se
encuentra
**HAROLD
LLOYD**,
en la pel·lí-
cula Paramount
"¡Ay que
me caigo!"

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación, 219 Tel. 6022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID, LOMBRIA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Velazco, 51 y 52



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Trimestre, 375
Semestre, 750
Un año, 1.125

América y Portugal
Trimestre, 575
Semestre, 1.050
Un año, 1.625



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUJETO
30
CENTIMOS



ABOGANDO POR EL REESTRENO

Una costumbre extraordinariamente simpática para nosotros es la que siguen ya casi todas las empresas de cine de «reprises», en verano, las mejores películas de temporadas pasadas. Una costumbre que, según van pasando los años, va convirtiéndose en insustituible recurso de verano, hasta el punto de que se organizan ya verdaderas temporadas de cine con títulos de mero reestreno.

Y lo más simpático del caso es que con ese buen acuerdo de las empresas salen a un tiempo beneficiados los negociantes que explotan el cine y los espectadores que tienen interés en conocer a fondo lo mejor que ha producido el séptimo arte. Para unos, en efecto, la exigua concurrencia del público en verano queda equitativamente compensada con el menor coste de la proyección de una «reprise», y, para los otros, la repetición de lo viejo representa una ocasión propicia de ver lo que durante la temporada no se pudo ver o se vio imperfectamente.

En este sentido, sobre todo, puede darse como desaparecida la decepción que, tiempo atrás, uno recibía cuando, queriendo ver una producción interesante, acudía al cine y ya había sido retirada del programa, sin posibilidad de saber cuándo, cómo ni dónde podría volverse a proyectar. Implícitamente, hoy no puede darse ese contratiempo, y si uno, por cualquier razonable motivo, deja perder una película buena, sabe ya, con absoluta seguridad, que en la temporada de «reprises» tendrá nueva ocasión de verla.

Pero no sólo llega ahí la importancia de la «reprise», sino que trasciende aún más allá y produce otro beneficio, de positivo alcance estético: el de poder analizar la película como genuina expresión de arte. De la proyección primera de la cinta sacamos una impresión de conjunto para apreciar — subjetivamente casi siempre — el mayor o menor alcance de su valor artístico. Pero, con la rapidez de la proyección, dejamos escapar un sinnúmero de pequeños detalles que, si bien no forman la esencia de la obra, son en realidad los que redondean el conjunto armónico de la cinta.

Para nadie es ya una revelación decir que en las películas, cuando se ven por segunda o tercera vez, se descubren una porción de bellezas de todos los órdenes — fotografía, interpretación, psicología — que habían pasado inadvertidas en la proyección primera. Y a medida que, por sendas desconocidas y bellas, va pro-

gresando el arte del cine, va creciendo también la importancia, o mejor aún: la necesidad de ver más de una vez las obras maestras de la cinematografía.

En una época en que el trabajo de este arte se limitaba a ofrecer al público un simple espectáculo distraído, no se comprendía la necesidad de sacar luego a relucir lo que ya había dado todo su interés espectacular. Hoy, sin embargo, en que se trabaja en el celuloide con toda la capacidad artística del espíritu, sería una lástima que, pasada la temporada, se arrojasen al montón del olvido las producciones en que el cinematógrafo ha sabido captar la emoción estética capaz de hacer eternas las obras de un momento.

¿Quién de nosotros no ha visto dos y tres veces el drama, la comedia, el sainete que gusta por un motivo u otro? ¿Quién no ha querido asistir más de una vez a la representación de la ópera consagrada? ¿Quién no ha repetido la lectura del libro agradable y sugestivo? ¿Quién, en fin, ha dejado de escuchar una y otra vez la obra sinfónica que excita emociones en el alma?

¿Por qué, pues, nos ha de sorprender que queramos ver de nuevo, en una breve temporada de «reprises», la cinta que nos cautivó por su realización maravillosa?

Esa leve sonrisa del traidor que revela lo falso de su amistad; ese movimiento de mano que justifica una duda del héroe; esa posición anormal de un objeto que advierte el peligro a la víctima; esa figura inmóvil que simboliza, un momento, la pasión buena o mala de la obra; esos detalles, en fin, que a primera vista apenas si dejan entrever la importancia que tienen, no cabe duda que sólo pueden apreciarse en la proyección reiterada de la cinta.

No sirven, para recordarlos, ni el argumento escueto y desgarrado que corre impreso en folletos y revistas, ni la serie de fotografías que, mejor o peor reproducidas, se nos vienen fácilmente a las manos. Es preciso verlos en la misma pantalla, reflejados directamente del celuloide, envueltos en la mágica obscuridad del salón de proyecciones.

Pidamos, pues, primero, buenas películas, y abogemos, después, por que se organicen y perpetúen las periódicas temporadas de reestrenos. Reestrenos que nos hagan comprender mejor las películas ya vistas, así como los hechos de la Historia, cuando vuelven a la actualidad después de un periodo de descanso, traen una pauta que encauza a maravilla su comprensión definitiva. — LORENZO CONDE

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1.125

AMERICA Y PORTUGAL:

Trimestre, 575 - Semestre, 1.050 - Año, 1.625

Nombre

Calle

Población

Provincia

Desee subscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º

El importe se le remitirá por giro postal número

Impuesto en

o en señas de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de (Fecha)

de 1931

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

318.— *Mariposa* que voló sobre el mar saluda a todos los resaladidos lectores de esta simpática revista, y dice:

Si, amables lectores míos, volé sobre el mar hace cosa de pocas meses, abundando por vez primera mi adorada patria para venir a la hospitalaria Cuba, donde residen una buena parte de mis familiares; y es tan vivo mi recuerdo por España, que sería para mí un gran placer sostener correspondencia con algún joven o jovencita españoles que de esta manera cumpliera con el sagrado deber de consolar al triste, por lo cual le ruego que me escriban cartas locas para reírme mucho. Si el amable lector que me escriba sabe inglés, tendrá mucho gusto en enviarme revistas americanas del cine, sacadas en dicho idioma y con excelentes fotografías de artistas.

Mis señas son: V. C. Calle 2, número 13. Reparto Buenavista, Marianao (Cuba).

319.— *Un rubio y una morena* preguntan: ¿Hay algún simpático lector de esta revista que tenga la amabilidad de indicarnos las películas que han interpretado William Haines y Clara Bow?

320.— *De Francisco López Rodríguez*: Para poder llegar a ser artista de la pantalla, ¿podrían indicarme qué cualidades son más precisas?

¿Hay en España estudios cinematográficos donde poder intentar los primeros pasos y qué es preciso para poder introducirse en ellos, así como también la dirección de los mismos?

¿Podría escribir a cualquier artista de los que actúan en Joinville? ¿Es suficiente indicar el nombre del interesado y a continuación poner «Estudios de la Paramount en Joinville (Francia)» o hace falta algo más?

321.— *A. B.* Copi quisiera saber si dentro de poco vendrá a España Ramón Navarro, para visitar Barcelona, según dicen.

Si Conchita Piquer y María Luz Callejo acaban de mandar sus fotografías dedicadas a sus admiradores, y cuáles son sus residencias actuales. Qué edad tienen y si se les conoce algún nuevo amor.

322.— *Doroteo y Lucía* desean saber la biografía de Richard Arlen y Johnny Mack Brown. Todo lo que nos puedan decir sobre Barry Norton, biografía, estatura, edad, su modo de vivir en Hollywood, etc.

¿Continúan en el cine Charles Morton y Lew Ayres? ¿Podrán facilitarnos su biografía?

¿Nos faltan siete números de esta revista, que hemos estropeado al sacar fotografías. Pidiéndolos, ¿nos serán remitidos al mismo precio?

Nota de la R. — Si, siempre que no estén agotados dichos números.

323.— *J. L. G.* desearía que algún lector, por medio de esta revista, le mandara la biografía de la artista de cine Imposio Argentina, como también la letra de la canción «Recordar» que canta en *Su noche de bodas*.

También desearía saber la letra en francés de la canción «Sous les toits de Paris», que canta Albert Préjean en la película del mismo título.

CONTESTACIONES

Contestaciones de *Roncino* Albioli:

267.— *Para Golondrina* (115): Simbólica avellana, para un momento tu rauda vuelo y escuchas acerca de tu favorito, que:

1.º Tiene treinta y dos años.

2.º En realidad, se llama Ramón Samaniego Navarro.

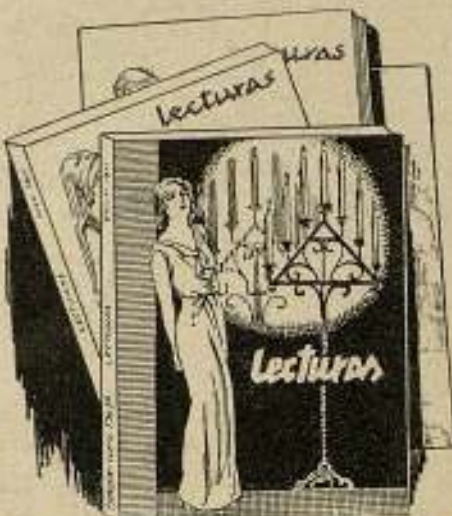
3.º Tiene el cabello negro y los ojos oscuros.

4.º Nació en Durango (México) y habla el español de tal manera, que en una de sus últimas películas *Suella de mis amores* (homónimo a España hecho por un mejicano), habla el sevillano típico de tal manera, que aventaja en gracia y acento a la vasca Conchita Montenegro, a la gallega Rosita Ballasteros y al catalán Martín Garralaga; y

5.º Referente a la producción que usted cita ya debe estar filmada y no dude, simpático vecino, que se proyectará muy en breve en las pantallas madrileñas. Las gracias que me envía han sido colocadas en un libro para recordar suyo.

268.— *Para José Filérez* (118): Perdóneme que no le escriba como es su deseo, pero debido

OBSEQUIO A LOS LECTORES DE Films Selectos



Para que todos los lectores de **FILMS SELECTOS** puedan conocer la revista

LECTURAS

en su nueva y magnífica presentación, les ofrecemos un número de obsequio al precio excepcional de **CINCUENTA CÉNTIMOS**

Recuerde usted que:

LECTURAS es el primer magazine literario español, ilustrado.

LECTURAS tiene entre sus colaboradores las firmas más prestigiosas.

LECTURAS ofrece siempre lo más selecto de la literatura universal.

LECTURAS es por excelencia el magazine para la mujer.

Si aprovecha usted nuestro ofrecimiento podrá obtener excepcionalmente un ejemplar atrasado por sólo

CINCUENTA CÉNTIMOS

utilizando para ello el siguiente cupón

LECTURAS

DEPUTACIÓN, 271. — BARCELONA
VALVERDE, 30 y 32. — MADRID

Aprovechando el ofrecimiento que hacen a los lectores de *Films Selectos*, solicito por favor un ejemplar atrasado de **LECTURAS** por el precio excepcional de cincuenta céntimos, cantidad que acompaño en sellos de correo.

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

es a mis informes escasos. No obstante, es

Hierro: Ufa Film Vertrieb, Kolbenstrasse No. 10, Berlín W. 9.

Omnia Film GmbH & Co. — Friedrichstrasse, 223, Berlín SW. 13.

Gaumont Studios, Lime Grove. — Shepherd's Bush, Londres W. 12.

Société des Cinéromans, 10, boulevard Pichonnière Paris, IX.

269.— *Para El Asueiro* (120): Como gusto le envío las direcciones de las revistas que usted pide:

Antonio Moreno, Athletic Club, Los Angeles (California); Ramón Navarro, Metro Goldwyn Studios, Hollywood (California); John G. Albert, Metro Goldwyn Studios, Hollywood (California); Valentín Perera, Mosa, Malasana, 35, Madrid y Paramount Lasky Studios, Hollywood (California); y Producciones Castelv. 2, rue de Lancry, París; José Bohr, 8, Lodge Road, E. John's Wood, Londres N. W. 5; Clara Bow, Lasky Studios, Hollywood (California); Norma Shearer, Metro Goldwyn Studios, Hollywood (California); Greta Garbo, Metro Goldwyn Studios, Hollywood (California); Anita Page, Metro Goldwyn Studios, Hollywood (California).

270.— *Para F. M.* (123): No crea, estimado lector de esta simpática revista, que la encantadora actriz norteamericana que usted dice se haya retirado del cine. El fundamento de su pregunta debe basar en lo poco de su producción que en la presente temporada se le conocido en España, y esta escasez es debida a la aparición del cine parlante. No habrá pasado desapercibido para su peregrinación la mayoría de las estrellas de la actualidad, a este del nuevo método, han procurado por todos los medios imaginables, incluso el de la "letanía quirúrgica" (ven el caso de Lon Chaney), adaptarse a la novedad que el progreso les deparaba, para no verse obligados, empujados por nuevos valores, a cederles el sitio. Pues Esther Rolston, buscando como otros la adaptación, siguió su camino muy elogiable a la par que análogo al del teatro. En el su vez ha adquirido soltura y elegancias musicales y usted podrá juzgar en una de sus últimas producciones, *El hombre del Sur*, teniendo como compañeros — ¡imagínese! — a una de las figuras de la ópera meyerquima, como es la de Lawrence Tibbett.

Desoche, pues, sus temores y entretanto recibe el saludo de un amigo.

271.— *Contestación de Rolando a Leo* por él: Ramón Navarro nació en Durango (México). Su padre quería que fuese cirujano de tibia, no así su madre, que quería que fuese un cefebre cantante. Como siempre, venció la madre, y Ramón se vió obligado a estudiar música, pariendo para Los Angeles, cuando terminó los estudios, para dedicarse al arte cinematográfico. Durante un tiempo se vió obligado a dar clase de música, bailando con un grupo de profesionales. Cuando se filmaban *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* no pudo desempeñar el primer papel por su excesiva juventud. Mucho tarde se reveló como estrella en *El príncipe de Zenda*, donde interpretó el primer papel, trabajando desde entonces bajo las órdenes de Rex Ingram, quien, al confiarle el primer *odeo* de *Scaramouche*, le consagró como primer *tralla* del arte mudo, demostrándole en *Be-Hur*, en *Diez el guardia marina* y en *El príncipe estudiante*.

Sus últimas películas han sido *Secreto*, *El pecado de Tahiti* y *Amores prohibidos*. Ramón Navarro no tiene novia, siendo palante con todas las mujeres. Habla el español y contesta a todas las cartas.

Demostro ser un «as» en el cine mudo, en la película *Mr. Saint-Gené*. Su única manía es la de coleccionar monedas antiguas de todos los países. Su dirección es: Metro Goldwyn Map Studios, Culver City (California).

Varías contestaciones de *Tahoser*:

272.— *Demanda 130*: Charles Farrell y Charles Norlon son distintas personas. Los protagonistas de *El príncipe Fari* son Charles Ford y Greta Nissen, y los de *Estrellas dichosas*, el mismo y Janet Gaynor.

273.— *Demanda 132*: De «Estrellas del tin» han salido ya catorce colecciones y se han puesto en venta, que yo sepa, en Barcelona y en Madrid; las puede adquirir en casi todas las librerías; en caso que no dé con ellas, escriba a Editorial Gráfica, Rambla de Cataluña, 8, Barcelona, incluyendo el importe en sellos de correo y certificando la carta.

274.— *Demanda 134*: Una buena revista fotográfica e impresa en español por España American-Publishing Co. para España y la veinte república de la América Latina, es *Clonidia*, cuya dirección está en Los Angeles (California), Broadway South 1031.

Para un año a sea doce números (pues se mensualmente), tiene usted que mandarle un cheque bancario o giro postal por valor de 12 envíos en oro norteamericano a su cuenta en moneda nacional, y le remitirán por la antes dicha suscripción veinticuatro años de los más conocidos, tamaño 9x11 y muy pagados, pero para lo cual le hace falta el cupón que no tengo inconveniente alguno en facilitárselo y si lo quiere hágalo constar en esta revista.

FANNY CLAIR

DE LA «PARAMOUNT», LA
NUEVA MARY PICKFORD«Mi novio es el cine» — me ha dicho
alegremente esta encantadora actriz

Pasó al conductor del taxi, y apresuradamente me dirigí a la estación. Estaba en la Plaza de la «Bastille»; el tren para «Joinville» partía dentro de tres minutos.

El apresuramiento obedecía a que a las dos debía de estar en los estudios «Paramount». Fanny Clair me esperaba a almorzar. Tal vez al día siguiente partiera para el mediodía de Francia. Yo necesitaba hablar con la joven y encantadora «star», que me había sido presentada hacía solamente unos días como la moderna Mary Pickford.

Entré en el restaurante de los estudios como un cohele. En algunas mesas había hecho ya su aparición el café. Humeaban varios habanos. Manolo Rusell, como siempre, leyendo epístolas hogareñas. La preciosa Imperio Argentina estaba maravillada ante un precioso abanico que le acababa de ser regalado por no sabía quién. Rosita Díaz estudiando en un libro su próximo film. En una mesita próxima a la ventana que da al jardín de los estudios, jardín triste, sin flores, dos cubiertos, y unos claveles caprichosamente extendidos sobre el blanquísimo lienzo.

Yo me senté; tal vez aquella mesa fuera la nuestra. Dos minutos escasos y vi entrar apresuradamente a la encantadora Fanny.

—«Excusez-moi» — se disculpó la gentil actriz, envolviéndome con una mirada indulgente.

—En ese caso, señorita Fanny, yo tendría que suplicarle perdón por haber llegado tarde.

Sonríe la artista y nos sentamos. El camarero descorcha unas botellas y empieza a servirnos el almuerzo.

—Estoy levantada desde las seis y media. Se trabaja mucho en el cinema, pero yo estoy contentísima con mi profesión.

Fanny Clair es, en «Paramount», «estrella» de la producción francesa.

—Créame — añade la actriz — que me paso casi todo el día en los estudios. Solamente algunas escapadas a París cuando debo visitar al modisto...

—¿Y su novio? — pregunto, extrañado.

Fanny Clair ríe alegremente.

—Mi novio es el «cine». El artista que ha de entregarse en cuerpo y alma a este arte nuevo, ha de estar ausente de preocupaciones sentimentales.

—De dónde es usted, Fanny?

—Francesa. Nací en París; muy cerca de la Plaza de la Opera. En la «rue Ruber».

—¿Y cómo fué dedicarse a artista?



—Desde pequeña ya me gustaba mucho el «cine». Coleccionaba las fotografías de las «estrellas» más famosas. Luego asistía con papá a muchas funciones en la Opera. Una noche entraba en el camerino de una gran soprano, Alice Floury. Había obtenido un grandioso éxito en la «Tosca». Simpatizamos, yo era también un poco aficionada al canto; canté, un poco azorada, el «Piu bella che mai», de Rossini. Me aplaudieron, se interesó por mí un crítico de prestigio y entré en el cinema.

—¿Cómo la contrataron para la «Paramount»?

—Estaban buscando artistas para el film «Premio de belleza». Se presentaron muchísimas que no agradaron al director. Por indicación de este escritor, me presenté yo; me probaron y acto seguido quedé contratada en firme. Esta fué mi primera película.

—¿Qué tiempo lleva actuando en los estudios?

—Nueve meses. De los films que he interpretado, me han gustado: «Riser Gauche» y «Lo mejor es reír», adaptación francesa.

—¿Tiene usted preferencias entre los artistas de «cine»?

—Admiro a Suzy Vernon y Marlene Dietrich. A Lewis Stone también.

—¿Y de nuestros artistas?

—Imperio Argentina, Rosita Díaz y Tony d'Algy.

—¿A qué dedica las horas de descanso?

—Soy de un club de natación. Este deporte es mi distracción favorita. Monto también mucho a caballo, sobre todo los domingos por la mañana, en el «Bois de Boulogne». Es muy importante que conservemos la ligereza en los movimientos.

—¿Alguna ambición?

—Ninguna. Soy completamente feliz.

Ha finalizado nuestra comida. Nos sirven el café. Fanny acerca la tacita a sus labios rojos y, pausadamente, va saboreando el néctar. Le ofrezco un cigarrillo rubio. Cuando prendo la llama, miro de cerca sus lindísimos cabellos de oro. Sus ojos, hermosos e infantiles, que aun desconocen el mal terrible de unos amores contrariados. Tal vez por esto, Fanny Clair sea completamente feliz.

LUIS SÁNCHEZ DE MORALES
París.



Carole Lombard y William Powell, la feliz pareja después de casados.

ESCENA Y PANTALLA

CAROLE LOMBARD Y WILLIAM POWELL, YA SE HAN CASADO

Crónica de los Estados Unidos especial para Films Selectos,
por MARY M. SPAULDING

HOLLYWOOD necesita una víctima o un héroe. De todas maneras, un «sujetito» sobre quien hacer recaer el peso de sus miradas, el afán casi maternal de sus «cuidados», la continua vigilancia de su mente enferma y abrumada de sensacionalismo.

Esa es la frase afortunada: enferma... Hollywood es un enfermo de cuidado. Caprichoso hoy, asustado un día, insolente al otro... Pero siempre preocupado de encontrar alguien alrededor de quien tejer una malla de leyendas hasta que la persona desventurada que tiene la desgracia de ser el objetivo de Hollywood, se muera o se case...

Unos optan por morir. Otros se casan. William Powell se casó.

Hollywood la había tomado con este actor. Desde que se empinó en la punta de sus pies y comenzó a dar los primeros pasos en aquellas películas en que encarnaba el papel del célebre detective Vance, Hollywood hizo una marca al joven histrión y lo puso en el número de sus víctimas. Se empezó a preocupar de la vida de Powell; dijo que era un ermitaño... que odiaba la sociedad; que pertenecía a una clase especial de vampiros que, en vez de beber sangre, bebían literatura, y que por eso William Powell se pasaba las veladas herméticamente

encerrado en la biblioteca de su casa... Powell, reservado y frío, gustaba de la soledad. Y Hollywood comenzó a sospechar que algo raro ocurría en aquel actor, cuyo salario semanal ascendía a unos cuantos miles de dólares y que no buscaba la compañía bullanguera de esas fiestas que se improvisan en la Meca del Arte a las diez de la noche y terminan a las siete de la mañana...

Las muchachas solteras que son parte integrante de Hollywood, prepararon sus flechas... apuntaron a William Powell y ¡pum!... no hicieron blanco; erraron miserablemente el tiro.

Aquello era el límite. Un hombre rico, famoso, elegante, prestigiado por aquel aire indolente que tan bien sienta a algunos Adanes y tan ridículamente es marca la figura de otros, que no quisiera buscarse la aventura suprema de un matrimonio sensacional, era caso digno de estudio serio y detenido...

Y William Powell resultó doblemente interesante como víctima y como héroe... Lo rodearon de una leyenda misteriosa, le seguían los pasos y le hacían la vida insostenible...

Un día, en una clara y risueña mañana de Pascuas, las asombradas gentes de Hollywood notaron un fenómeno rarísimo: el elegante cupé, un Cadillac llamante que William se había comprado recientemente, se detenía frente a la casa de una chilquilla actriz que estaba esos días preocupando también a los buenos vecinos californianos, por la belleza de su rostro y la soberbia interpretación de sus papeles en la pantalla.

Aquella joven había sido dama joven de William Powell en su última producción. Pero nadie los había visto jamás juntos. Una vez terminadas sus labores diarias, cada uno de los artistas tomaba su rumbo...

De manera que aquella máquina estacionada frente a la casa de Carole Lombard, mientras que su dueño visitaba a la joven, era motivo para sospechar muchas cosas...

Y Hollywood sospechó, por una vez la verdad...

El austero actor, el hombre que rehúsa la compañía de la colonia ávida de diversiones, el soltero empedernido, un poco cínico al hablar de las mujeres y esencialmente sofisticado, claudicaba frente a un par de ojos bellos y claros, a una cabecita rubia y a una juventud gloriosa...

Los periodistas, a caza de noticias ansiosos por hurgar en las vidas de cada ciudadano, se acercaron, golosos, para averiguar cómo el milagro se había operado.

Pero ¿es que acaso sabe nadie cómo estos milagros se realizan?... El amor llega siempre inesperado, de sorpresa. Por eso asusta al pobre corazón, que le tiene tan de prisa, a la llegada del timbuelo.

Por fin, uno, más afortunado que los demás, logró acercarse un día a Powell y diciéndose su amigo, le arrancó toda la verdad...

¡Ah mis queridas lectorcitas! Aprended una buena lección. ¿Sabéis lo que dice William Powell, el galán a quien habéis admirado tantas veces desde vuestras butacas, mientras hacía sus papeles de caballero de industria en «luz telá luminosa»?...

Pues dice lo siguiente: «Me enamoré de Carole porque no me hacía caso. Fué la primera dama joven que tuve en una película que no tomaba en serio mis declaraciones de amor».

Se burlaba de manera gentil de mí, pero se burlaba. Su frialdad, una vez terminada la escena amorosa, llegó primero a chocarme, después me produjo inquietud..., luego unos locos deseos de vencerla, domarla, hasta que un raro fuego fué consumiéndome en mi propia pira, mientras que Carole Lombard, con sus hermosos ojos y su boca turbadora de virgen profana, se mantenía a una distancia irritante de su joven galán...

La indiferencia de Carole, empero, no duró mucho, puesto que hace poco las campanas han repicado alegremente en Hollywood y la muchachita rubia, heroína recientemente de tantos dramas filmicos, ha marchado del brazo del «ermitaño», solterón empedernido, mientras a su paso se desgranaban las notas de la marcha nupcial de «Lohengrin»...

La joven pareja se ha ido a refugiar, durante la tradicional temporada de aislamiento que sigue a una boda, en las tropicales islas de Hawai. Allí, bajo la caricia de las palmeras, arrullados por el mar Pacífico, y oyendo el dulce y cadencioso canto de «Aloha, Aloha», olvidarán,



William Powell y Carole Lombard, en camino hacia el paraíso de las islas Hawai, donde pasaron su luna de miel. Carole luce las bellas y aristocráticas arañitas que formaron únicamente su ramo de bodas...



William Powell, actualmente estrella de Warner Bros y su linda esposa, Carole Lombard, momentos después de haberse desposado.

siquiera momentáneamente, que existe Hollywood con sus tipos complicados, sus habitantes cosmopolitas y sus eternos sensacionalismos...

William Powell y Carole Lombard hacen una bella pareja de enamorados. Aunque en Hollywood es difícil predecir cuánto tiempo durará un matrimonio, es posible que a ellos la Felicidad les sonría durante largo rato. Tienen gustos y caracteres similares. Ambos son ricos independientemente. Carole es una de las pocas muchachas a quien el estrellato no se le ha subido a la cabeza. Elegante y sobria en el vestir; de porte distinguido y sin afectación, Carole llama la atención por su extraordinaria sencillez y juicio. Mientras que muchas artistas de cine, al percibir el primer salario fabuloso, se vuelven locas comprando mansiones en las montañas de Beverly Hill y carros de lujos aladinescos, Carole quedó tranquilamente en su modesta casa, al lado de su familia, con la misma naturalidad y sencillez que cualquiera hija de vecina.

En cuanto a Powell, hemos descrito a grandes pinceladas su carácter al principio de esta crónica. Su misma sobriedad y aislamiento lo hicieron el «raro avis» del Hollywood ansioso por descubrir raros misterios en la vida normal de sus habitantes. Powell confiesa

(Continúa en la página 24)



UN GRACIOSÍSIMO ARTISTA

El expresivo artista de la Metro-Goldwyn-Mayer, Cliff Edwards, cuyas dotes tanto hemos admirado, nos presenta en estas dos páginas varios modelos de sombreros de copa de diferentes épocas. Vedle en la parte superior izquierda con un sombrero de estilo "Ould Sod". A su lado, con el clásico sombrero de copa llamado tubo de estufa, y debajo, con el de cochero inglés.



VARIOS SOMBREROS DE COPA

En esta página, y en la parte superior izquierda, le vemos con un sombrero que, según dice la fotografía, es el modelo de "El alegre París", y a su lado, con el modelo "Pilgrim", y como final, le vemos en la parte inferior en grave actitud con un sombrero como los que usaba, en otros tiempos, el gran estadista Abraham Lincoln.

M. GOLOBARDAS



Una escena del nuevo film de Columbia «El pasado acusa» con Luana Alcañiz y Barry Norton.



Ernesto Vilches en
una interesante es-
cena de su película
«El comediante».



EL "GRAN DILUVIO" Filmoteca

SUPER JOYA

de Catalunya



Frantz Hisket, director



A. Nalfabetto, redactor de títulos



Fusila y Kamelo, montadores de escenografía



Herman Ubrio, productor



Hermette Lapatta, autor de la música



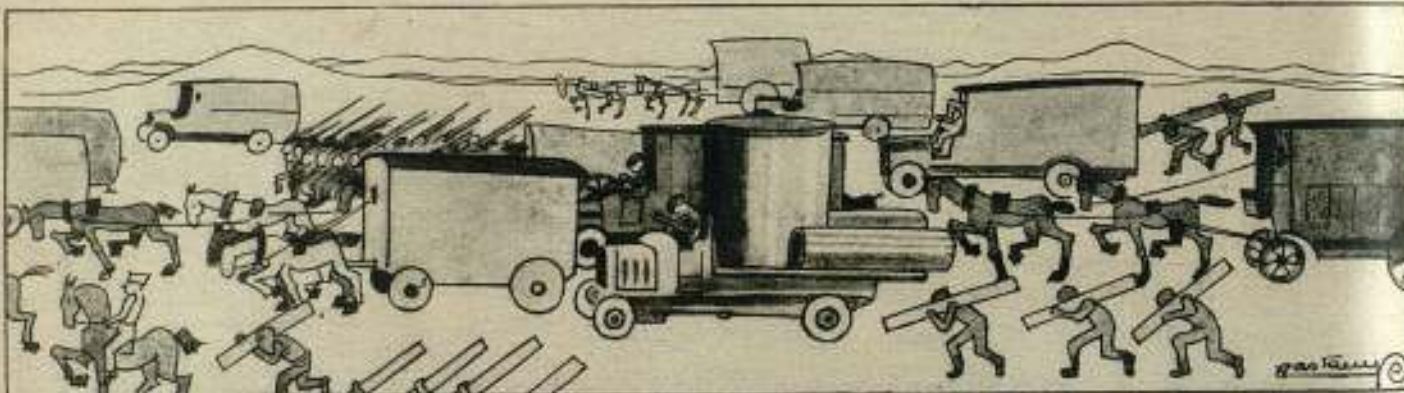
El protagonista a los tres meses de no afecitarse para poder estar más en carácter



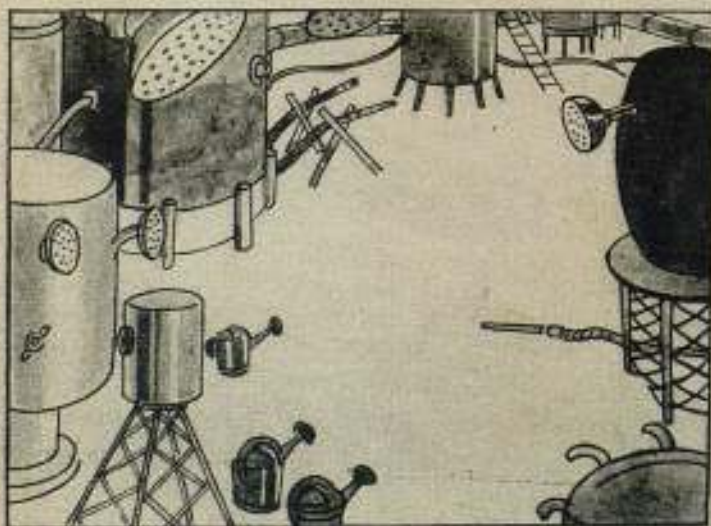
Uno de los actores entrenándose rigurosamente para resistir la escena culminante del film



Un pequeño detalle que costó a la casa editora la friolera de cuarenta mil dólares



Seiscientos camiones, mil caballos y ocho mil hombres, que fueron necesarios para transportar el material y preparar la «mise en scène» en la cúspide de una montaña desierta



Y como un instituto hidroterápico al aire libre, fue montada la instalación para la filmación de la escena principal de «El Gran Diluvio»



Interesante momento de caer el chubasco que impidió la filmación de la escena principal de la super-joya «El Gran Diluvio»

EL CINE Y LA MODA

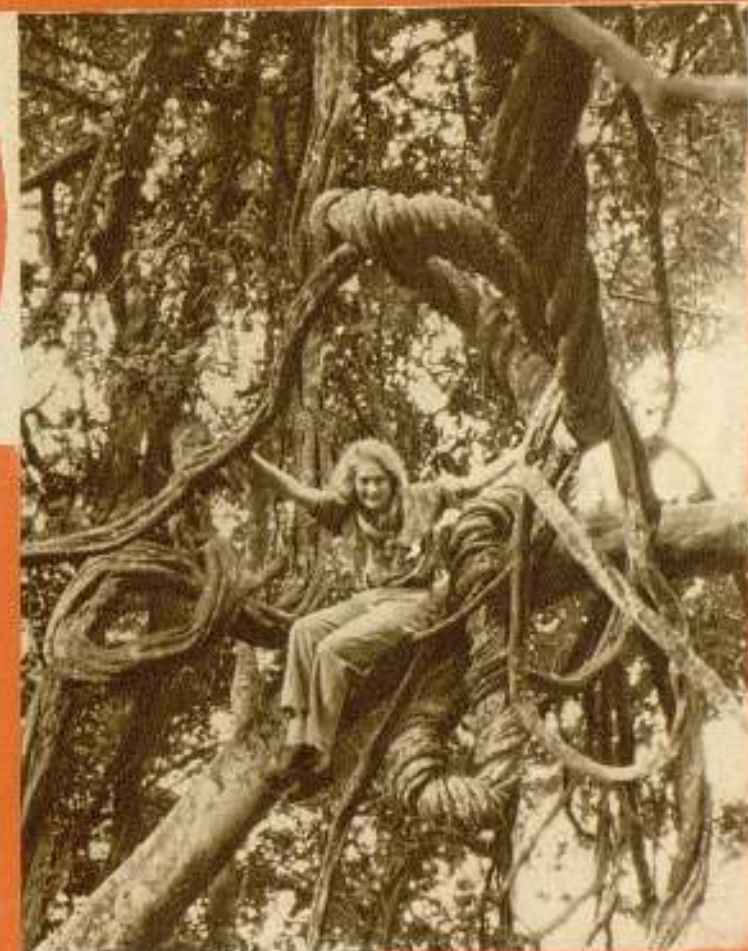
vemos
con dos trajes de
sociedad blancos por com-
pleto y que a pesar de esta
simplicidad, tienen todas las notas
y características de los trajes ac-
tuales: esbeltez
de línea y cor-
te elegante.
Anita Pla-
nas



Trajes de Sociedad Blancos

La simpática June Collyer, artista de la Paramount, es una de las mujeres más elegantes y de mejor tipo de Hollywood, y, naturalmente, los modistos de dicha ciudad aprovechan estas condiciones para lanzar sus más atrevidas y nuevas creaciones. En esta página le





TRADER HORN

Varias escenas de la película que con este título nos presentará la próxima temporada la Metro-Goldwyn-Mayer, que según las referencias que tenemos es una de las más importantes y mejores películas editadas por la citada productora.



Nuestra compatriota Enriqueta Serrano, protagonista de la película Paramount "La Pura Verdad".

Una nueva estrella para una nueva película

Parece imposible que con el número de artistas cinematográficos que hay, no encuentren los directores, cuando van a realizar una nueva película, el tipo exacto que a su entender ha de encarnar el personaje principal y tengan que recurrir a buscar nuevas actrices y actores. Esto parecerá increíble, pero es, y a la par es el motivo de que puedan ver realizadas sus ilusiones de estrellato (!) más de uno de los que son comparsas. Una de las que ha visto realizados sus deseos es la artista Sylvia Sidney, cuya fotografía damos en esta página, la cual ha sido contratada por la Paramount, según nos dice nuestra corresponsal en los Estados Unidos, Mary M. Spaulding, para realizar el film de dicha editora «Confesiones de una estudiante».

JUAN MIRA



¡AY, QUE ME CAIGO!

Realización de HAROLD LLOYD

ARGUMENTO

Llevamos al amable lector a Hawái, isla que da su nombre a un archipiélago de la Polinesia, al cual llaman también Islas Sandwich; nos entramos con él por las pintorescas calles de Honolulu, franqueamos los umbrales de los grandes almacenes de calzado de Tanner, y le presentamos a Harold Horne, el dependiente de las gafas de Carey.

Harold Horne está poseído de la nobilísima ambición de abrirse paso en el mundo, de llegar a ser alguien. Y como primer peldaño de la escala que ha de llevarle a más altos destinos, ansía subir el que lo eleva de la trastienda a la tienda propiamente dicha. O lo que es lo mismo, aspira a vender zapatos en vez de ocuparse en buscarlos en el depósito para que otros los vendan o en llevar a casa de los clientes los que otros más afortunados, a quienes envidia, han vendido.

Antes de seguir adelante, advertiremos que Harold Horne es joven, casi un muchacho. Con lo cual, apuntado como queda que es mozo de aspiraciones, no será decir que lo que da pábulo a éstas y las inflama y acrecienta y sostiene es el amor.

A renglón seguido, sin salir de Honolulu, ni tan siquiera de la zapatería donde Harold



Horne sueña con llegar a ser un magista del calzado, hacemos una nueva presentación: la de miss Betty.

Miss Betty es la secretaria de mister John Quincy Tanner. Mister Tanner, presidente de la Compañía a que pertenecen los grandes almacenes de calzado en que trabaja Harold Horne, se halla en Honolulu en viaje de negocios, en el cual lo acompañan la ya citada secretaria y Mrs. Tanner.

Aprovecharemos la ocasión para presentar también a esta distinguida y robusta dama, que casualmente se encuentra en la tienda eligiendo varios pares de zapatos, marca Tanner, naturalmente.

La rápida cinematográfica de nuestra narración ha sido causa de que al saltar de Harold Horne a miss Betty, de miss Betty a mister Tanner y de mister Tanner a su oronda cónyuge, omitiéramos algunos pormenores. Sea el primero de ellos de que demos noticia el relativo a lo que acontece durante el tiempo que media entre la aparición de Harold Horne y las simultáneas de miss Betty y Mrs. Tanner, lo po fecundísimo en sucesos que, aunque merecen crónica detallada, nos limitaremos a enumerar por orden cronológico.

Primero: Harold Horne que se ha enamorado de miss Betty a primera vista, tropieza con ella en momentos en que el automóvil que la conduce acaba de tropezar con un camión. El chófer de éste increpa en términos fácilmente imaginables, aunque no decorosamente transcribibles, al chófer de miss Betty. Interviene miss Betty. No modera su lenguaje el que reivindica al emplear la florida tradición aratoria que ha hecho famosos a los carreteros de

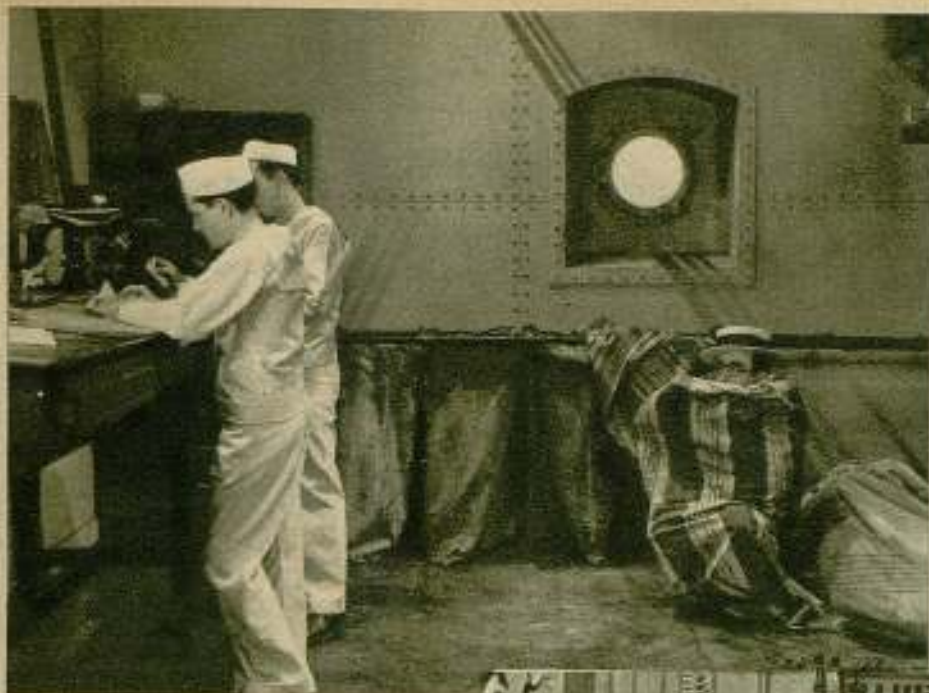
toda el orbe. Indignase Harold Horne. Pasa de simple espectador a personaje de la aventura, que termina con la admiración y el agradecimiento de miss Betty y... — ¡cuando saltó yangués o galeote en quijotil hazaña! — el sopapo tremebundo con que el chófer del camión pone a dormir sobre sus laurelos al improvisado caballero andante de las gafas de Carey.

Segundo: Harold Horne, inflamado de amor, tropieza en una revista ilustrada con un anuncio que inflama su ambición. «¡Ésta lo que usted ama fuera de su alcance!», dice el encabezamiento de ese anuncio, en el cual se informa al lector en seguida, con la elocuencia propia del tema, de cómo puede cualquier hijo de vecino pasar de la estrechez a la abundancia, del anonimato a la celebridad, no más que con matricularse en cierta escuela cuyos cursos por correspondencia le enseñarán a ser elocuente, simpático, oportuno, convincente, hábil, irresistible... y a capitalizar todas esas cualidades valiosas.

Tercero: Harold Horne, gracias al curso por correspondencia, a un frac que ha alquilado y a la invitación que un su amigo encontró en la calle, asiste al sarao que dan en el Embassy Club. Encuentra allí a miss Betty, que lo supone hombre opulento y a la cual supone él... ¡hijo de los señores Tanner!

Cuarto y último: Harold Horne, ascendido ya de la trastienda a la tienda, despliega toda la iniciativa, toda la habilidad, toda la elocuen-





cia y el don de gentes adquiridos por correo y amplificados por observación directa de los demás vendedores, en convenir a cuantas damas y damiselas caen en sus manos de que no deben salir de ellas sin haberse comprado uno, dos, tres, hasta media docena de pares de zapatos marca Tanner, que son siempre los más cómodos y mejores del Universo.

La dama cuyos pies calza y descalza Harold Horne en estos momentos, es nada menos que Mrs. Tanner.

— Tiene usted un empeño tan perfecto — dice en tono de profundísima y admirativa convicción —, que sería lástima deformarlo con un zapato bajo... Ese pie es digno de una estatua griega... — continúa, sumiéndose por breves segundos en la contemplación de una de las extremidades inferiores de la que él supone una turista como otra cualquiera.

— Es usted muy golante... Tomaré tres pares... — contesta la jamona hecha un dulcísimo tocino de cielo — No hay necesidad de pasar por la caja. Soy Mrs. Tanner.

Harold Horne, consciente de la importancia histórica que este momento tiene en su vida, lo saborea con delección... Querría prolongarlo hasta lo infinito, si no dispusiera la mala



suerte que entre en la tienda y se dirija hasta donde está Mrs. Tanner... ¡misa Betty!

Aparece como simple dependiente a los ojos de la señora de sus pensamientos, de la agradable criatura que le cree un potentado y a la cual cree el hijo de Mrs. Tanner, es catastrofe superior a las fuerzas de Harold Horne. Se ahoga. No sabe cómo salir del aprieto. En vista de que la tierra, sorda a sus deseos, no se abre para tragárselo, procura ocultar el rostro lo mejor que puede...

Tal es su confusión, que, sin notar que quien la motiva no se halla ya presente, cuando trata de poner a Mrs. Tanner un zapato, usa el calzador por el extremo opuesto al que debiera, y no halla después cómo sacarlo del zapato que calza la digna matrona, la cual queda de este modo como gallo con espuela postiza.

— ¡Es usted un atrevido! — bufa la dama encolerizada.

— Perdona, señora — suplica el cuitadísimo Harold Horne —. El honor de haber tenido en mis manos los pies de la esposa de mister Tanner me ha dejado turbado.

Aplacase la iracunda con la bisonja, mas no cesa por ello la confusión del pobre mozo, que, ahora, al ayudarlo los zapatos, hácelo tan torpemente, que los deja atados uno con otro, de lo cual resulta que Mrs. Tanner, al levantarse, dé dos o tres saltitos y se caiga de bruces.

— Gracias que peso usted menos que una pluma, de lo contrario hubiera podido lastimarse... — insinúa Harold a tiempo que, recibido por el peso de Mrs. Tanner, la conduce con delicadísima pueria a su asiento.

— Me he puesto a régimen para adelgazar

— contesta la ponderosa dama a quien la nueva bisonja hace olvidar el percance que por poco la deja sin narices.

Celero, diligentísimo, Harold Horne descalza a Mrs. Tanner, se dispone a calzarle otro par de zapatos, los primeros que halla a mano, pues lo que interesa es que la señora, como cuantos entran en la tienda, no salga de ella sin llevar más zapatos de los que razonablemente pueda necesitar.

Por desgracia para este vendedor sin segundo, el calzado que toma al acaso y pone a Mrs. Tanner no es de los que llevan la marca de fábrica de mister Tanner, ni tan siquiera de los que pueden venderse. Es el calzado que otro dependiente acababa de quitar a una presunta compradora. La cual, precisamente cuando Mrs. Tanner pondera la comodidad de esos zapatos y dice que se los llevará puestos, le dice, con bastante brusquedad, que se quite de los pies lo que no es suyo ni tuvo por qué ponerse.

Abrumado por la fatalidad, Harold Horne trata ya únicamente de librarse cuanto antes de Mrs. Tanner. Tartamudea torpes disculpas. Empieza a calzarle, casi sin saber lo que hace, las zapatillas que la dama trajo puestas, sin advertir que último golpe del destino adverso, hay dentro de una de esas zapatillas, una colilla encendida...

Saltando con un solo pie, Mrs. Tanner da espantosos alaridos. Los clientes, los dependientes, los jefes del almacén, se agrupan en torno de ella... Harold Horne huye... ¡Harold Horne lo ha perdido todo... hasta el honor de ser uno de los más hábiles, aunque noveles, dependientes de la casa Tanner de Honolulu! (Continúa en la página 24)



NOTICARIO

Films Selectos



Charles Farrell, con su padre y su esposa, la artista Virginia Valli, a la vuelta de su viaje de bodas.

DE FILMACION. — DATOS INTERESANTES

EL DERECHO AL REPOSO IMPLICA EL DERECHO A LA PROPIEDAD. — Hace cuestión de unos años, no muchos, era costumbre que el director de una película, al completar el rodaje de una escena particularmente laboriosa, mirase alrededor con aire preocupado, en busca de una silla en que reposar su cansada masa anatómica. Lo corriente, sin embargo, es que el sillón de lona que legítimamente debiera pertenecerle, estuviese ocupado por algún extra corpulento, quien en él se entregaba a las delicias del sueño. A veces era imposible encontrar el sillón.

Cosas por este estilo han venido sucediendo con lamentable frecuencia, y es ocurrencia general que los electricistas, extras y los mismos muchachos de recados se hayan hecho dueños de sillas destinadas para los actores. Lo general, también, es que bastase una leve insinuación para que la silla se desocupase inmediatamente, en beneficio de su legítimo ocupante.

Recientemente, sin embargo, ha sucedido algo completamente insólito. Cierta compañía se dedicaba a filmar unas escenas particularmente difíciles de una cinta, en la que todos habían trabajado la noche anterior, hasta hora muy avanzada. Ni que decir tiene que todo el mundo estaba con los nervios de punta, y nadie se sentía con el menor deseo de prodigar cortesías.

El director de la película, que, dicho sea de paso, es uno de los más conocidos de Hollywood, comenzó a resoplar y a disputar agriamente con alguien. El resultado fué que, a los pocos instantes, un cierto extra regordete salía precipitadamente del estudio para no volver a poner los pies en él. El director procedió inmediatamente a dar órdenes e instrucciones, mediante las cuales el nombre de todo director, actor o extra acreedor a una silla debe siempre aparecer, impreso en

letras muy claras, en el respaldo de la tal silla o sillón.

Desde aquel momento, no hay silla en los estudios que no esté perfectamente marcada e identificada con alguien. Alguien que, durante la filmación de una película en que toma parte, pasa a ser propietario indisputable del mueble.

El rito de «la silla del director», se ha interpretado en Hollywood, con irritante frecuencia, a modo de síntoma de diferencia de clases. Lo cierto es que tal ritual forma parte inherente del sistema del estudio, y tiende a ahorrar tiempo y molestias innecesarias. Sea como sea, lo cierto es que hoy en día no hay silla en los estudios de Hollywood que no tenga un nombre al respaldo.



Sherwood Bailey, hijo, el nuevo miembro de la «Pundilla» de Hal Roach, posa ante la cámara con sus nuevos compañeros. De izquierda a derecha: Mathew (Stymie), Beard, Bobby (Weezer), Hutchins; Dorothy (Echo), De Borba; Sherwood Bailey, hijo, que en adelante se llamará «Spud», y el perro Pete.

Al comenzar una producción, las sillas se distribuyen y se marcan apropiadamente. Aparte de los directores y actores principales, tienen sillas propias los empleados técnicos del estudio, el cameraman en jefe, los ingenieros de sincronización y no pocos de los actores de segunda línea que tienen que actuar con frecuencia ante la cámara.

TAMBIÉN LAS ESTRELLAS LLORAN. — Pruebas llevan a sus lares nativos las estrellas de la raza que están emigrando de Hollywood, de que la manufactura de películas no es ningún «lecho de rosas». Los sueldos casi fabulosos que gozan no son tan fabulosos en realidad, puesto que las demandas extraordinarias que su misma categoría les impone les merma el sueldo considerablemente.

Oigamos lo que dice la bella Mary Astor al respecto:

—Sin intenciones melodramáticas ni actitudes falsas, puedo decir con candor que he sufrido mucho por la cine-



Ricardo Puga y Gabriel Algora, en uno de los momentos en el café turco, de la versión española «El hombre que asesinó», recientemente terminada en los estudios Paramount, de Londres.



Luana Alcañiz y Carlos Villarias, en una escena de «El pasado acusa», film dialogado en español, de Columbia Pictures.

matografía. En aras de ella perdí a mi esposo, Kenneth Hawks, hará poco más de un año, en una horrible tragedia de aviación al filmar una película. Mi salud se arruinó; las poderosas luces Kleig me han echado a perder en tal grado la vista, que me veo precisada a usar continuamente gafas de cristales ahumados.

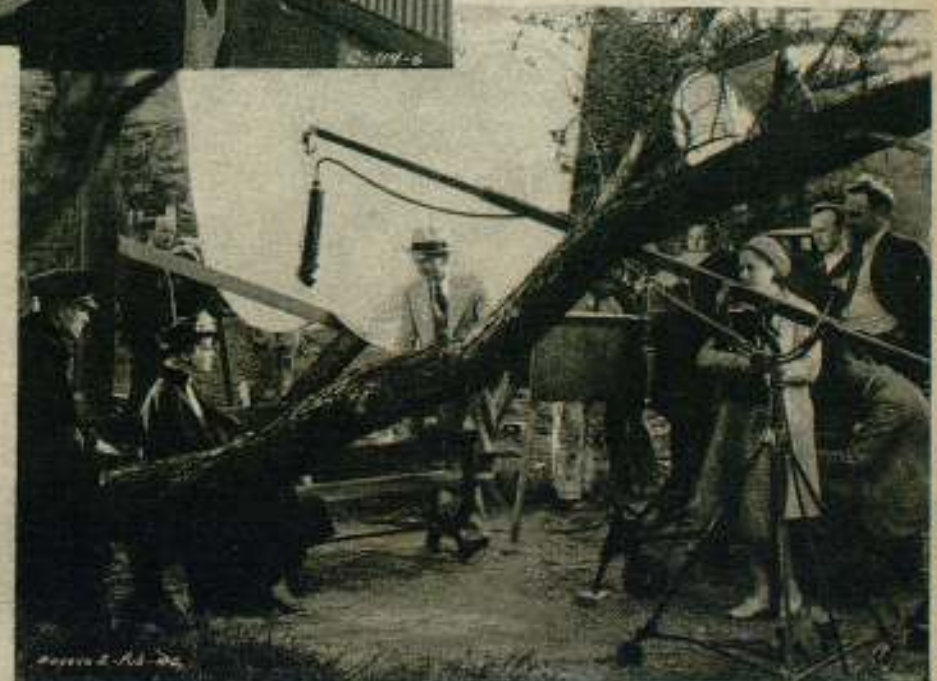
Tengo que estudiar constantemente para cumplir con mi contrato y a los veinticinco años de edad me siento a veces como una eremita. ¿Cuál es mi recompensa?... El Arte por sí mismo y los emolumentos que recibo.

Dentro de tres años terminará mi contrato con la R. K. O., y para cuando cumpla yo los veintiocho, si es que aun estoy sobre esta tierra, me retiraré de la pantalla a la vida privada.

Harry Joe Brown dirigiendo a Helen Twilvetrees en «A Woman of Experience».

ERNEST Verbysmith, notable escultor de California, ha cincelado un magnífico busto de Ann Harding, la brillante estrella de Pathé, el cual será colocado en el «Hall of Fame» junto al de otros famosos artistas que han dado gloria al cine americano. Este homenaje a miss Harding es un reconocimiento a su meritisima labor artística y muy especialmente a su película «Holiday».

JOHN Wayne, creador de un papel que causó sensación en la película «The Big Trail», es la última estrella que, gracias a sus reconocidas habilidades histriónicas, acaba de ser contratado por «Columbia» por cinco años, y su primer role bajo este contrato será en la obra «Arizona», adaptación para la pantalla de la novela y drama del teatro legítimo de Augustus Thomas.





¿Porqué sufrir?

Infinidad de mujeres padecen molestias que con frecuencia se convierten en enfermedades de la matriz, por descuidos en su higiene íntima. Evítase este peligro con

Lyssoform

aplicado en solución al 1%, una cucharada por un litro de agua tibia). Refrescante y aromático. No irrita. Elimina malos olores. Antiséptico adoptado por las Facultades de Medicina.

ELIXIR DENTÍFRICO MENTOLADO
JABÓN ANTISÉPTICO PERFUMADO

OPINAMOS QUE...

CORAZÓN ANTE LA LEY, película de la S. A. Cinematográfica Hispanoamericana Manzanera, interpretada por Victoria Real y Nelo Cosimi.

Casi inadvertida en el cúmulo de estrenos y «reprises» de la temporada, se ha proyectado no hace mucho esta película que merecía toda la atención por parte de la crítica y del público, siquiera fuese por el destacado papel que representa en la cinematografía mundial.

«Corazón ante la ley» es una producción americana, mejor dicho: una producción sudamericana, realizada totalmente en la República Argentina por una empresa que con ella nos ofrece las primicias de su labor.

Pero, a decir verdad, no solamente merecía mayor atención por esos factores de orden industrial y económico, sino también por el valor artístico que encierra como película moderna. Tiene, en efecto, momentos felicísimos de sincronización; escenas que fotográficamente pueden darse como perfectas; trabajo sobrio y ajustado que hace sobresalir a todos los artistas en conjunto y a cada uno por sí; argumento, en fin, lleno de sugestión e interés, que refleja a lo vivo el espíritu genuino de la raza argentina, con esa multitud de episodios que encaja tan bien en el amplio desarrollo de la cinta cinematográfica.

Los materiales con que ha sido construida esa obra y el espíritu de que está toda ella animada son una muestra palmaria de lo mucho que puede esperarse de la joven cinematografía sudamericana.

Y quien dice «sudamericana», dice «hispanoamericana», y habiéndose de lo hispanoamericano, necesariamente se ha de hablar de lo netamente español.

Por eso, no queremos dejar pasar la oportunidad para felicitarnos de la realización de «Corazón ante la ley», tanto por el éxito que significa para la naciente cinematografía argentina, como por el augurio y el estímulo que representa ante lo que puede y debe realizarse en España.

L. C. R.

Carole Lombard y William Powell ya se han casado

(Continuación de la página 7)

que la única cosa a la cual le tiene un horror pánico es a la idea de la indigencia en los días de la vejez, cuando llega el ocaso y las fuerzas van faltando, mientras que la jocosidad queda lejos, como un sueño fugaz. Para evitar el fantasma espantoso que su imaginación ha pintado de las más sombrías tonalidades, William, discretamente, salva la mejor parte de la fortuna que cada semana llega a sus manos como salario por su labor en el cine.

Y así, hasta su boda fué parca en demostraciones vanidosas. Un día llegó una enorme cesta con flores. Los vecinos habían visto siempre llegar las flores en perfectas cajas, pero no dió mayor importancia a la prodigalidad del regalo. Más tarde llegaron una veintena de amistades de la mayor intimidad, y Carole, vestida de blanco, sencillísima, llevando como único lujo su juventud triunfadora; su belleza suave, y un magnífico ramo de orquídeas en el hombro, con su galán joven al lado, vestido con un traje corriente de los usados cada día, escuchó la vieja epístola de San Pablo...

Simple y corta ceremonia. Hollywood sufrió la más honda decepción de su vida...

Es costumbre ya que cada boda vaya seguida de un escándalo. Unos se fugan en aeroplano (como Loretta Young y su Wilhier), otros desaparecen misteriosamente para que la prensa no se dé reposo tratando de solucionar el misterio; en fin, hay que dar lugar a que durante largo rato la personalidad de los novios aparezca aureolada por algún romance fantástico, más aún que los de la farsa que se vive cada día en los «sets». El caso de William Powell y Carole, pues, sorprendió a este observatorio astronómico donde cada día surge un nuevo astro.

Mientras tanto, los novios han ido a esconder su felicidad. A la vuelta, Carole continuará haciendo sus films para la Paramount, y William Powell reafirmará en su nuevo contrato con Warner Bros. el prestigio artístico de que goza en todos los países de la tierra.

Y Hollywood, ansioso, tiende sus miradas para buscar un nuevo héroe o una víctima...

MARY M. SHULDING

HISTORIA
NATURAL DE LA CREACIÓN
(Magnífica obra en cuatro partes)

TESORO DE ARTE UNIVERSAL
(Suntuoso portfolio artístico)

LA HISTORIA DE ROMA
por F. Lamé Fleury

ESTAS TRES OBRAS LAS REPARTE EN FOLLE-
TIN ENCUADERNABLE EL SEMANARIO

ALGO

En todos los quioscos: 50 céntimos



Depilatorio PERLINA

NOVEDAD
CIENTÍFICA

EXENTO DE OLORES
DESAGRADABLES

EXQUISITAMENTE
PERFUMADO

Blanco-Barc 1 na

Tarro, 3 pías.
Sobre, 0'50 ..

DOUGLAS FAIRBANKS

(HIJO)

SILUETA

El hijo primogénito del famoso Douglas Fairbanks, vino al mundo en Nueva York el 9 de diciembre del año 1907, siendo su madre Beth Sully Fairbanks. Por esa fecha, Fairbanks padre era un joven actor de creciente popularidad en la escena metropolitana, sin que aun hubiera aparecido la pantalla en su horizonte.

El pequeño Douglas fué educado, primero, por profesores particulares, y después en los mejores colegios de Nueva York, París, Londres, Pasadena y Los Angeles. En París estudió tres años pintura y escultura, y aun prosigue cultivando dichos artes por pura afición.

Su contacto personal con el cine empezó siendo él un chiquillo, que rodaba por los estudios, y al que, por insinuación de su padre, empleaban los directores en algún papelillo apropiado a su edad, que proporcionaba al rapaz un alentador cheque.

Un poco después, ya figuró como extra en varias cintas, antes de asumir su primer papel en «La escapada de Esteban». Los films en que después tomó parte fueron «Un toro de Texas», «¿Así están las cosas?» y «Una mujer de negocios». Este último con la incomparable Greta Garbo, y en el que hizo una notable creación en el papel del excéntrico y neurótico hermano de la heroína, que por primera vez atrajo la atención del público sobre su persona.

Dos años largos duraron las relaciones amorosas del joven Douglas y la encantadora Juan Crawford; empezaron a correr rumores de que estaban casados, mas no era así, y la ceremonia nupcial se celebró el 3 de junio de 1929, en la iglesia de San Malachy de Nueva York, por ser los novios católicos. Estos se casaron en la capital, para que la madre de él pudiera asistir a la boda.

«Doug» y su mujer han trabajado juntos en la película «Muchachos modernos».

Además de su labor en la pantalla, Fairbanks hijo ha actuado algunas temporadas en el teatro, habiendo hecho importantes papeles en «Romeo y Julieta», «El joven Woodley», «Los muchachos de los sábados», «Hacia la luz» y la obra en un acto de Rupert Hughes, «La emboscada».

El hijo del famoso Douglas, es un joven que posee múltiples conocimientos. Sin perjuicio de practicar la pintura y escultura, ha escrito un libro de poemas que, según parece, se propone su autor publicar algún día, pero sin haber fijado aún la fecha; en cambio, en la revista «Vanity Fair» han aparecido numerosos artículos suyos, ilustrados por él mismo, con graciosas caricaturas.

También ha escrito los títulos para dos



de las mejores películas de su padre: «El pirata negro» y «El gaucha», así como los de la cinta «Dos amantes», a la que debieron Vilma Banky y Ronald Colman su ascenso a estrellas.

Durante la realización de la cinta «El pirata negro», nuestro joven se interesó mucho por el procedimiento del tecnicolor, haciendo un estudio tan detenido de su técnica, que hoy le permite figurar entre los expertos de esta especialidad. También es un hábil dibujante de trajes y a su lápiz se deben los que luce su papá en «El pirata negro».

Su ambición suprema es representar «L'Aiglon» en la pantalla, habiendo manifestado este deseo desde sus primeros pasos en el cine, sin que hasta la fecha haya podido realizarlo.

Es un entusiasta admirador de Napoleón I, y de todo cuanto se refiere a la época del primer Imperio.

Siendo aficionadísimo a la música y en particular al canto, opina que la

ópera es la más ridícula forma del arte.

Su papel favorito es el de Doug Scott, en «La patrulla del amanecer», en el que trabajó con tanto empeño, que obtuvo un nuevo y espléndido contrato; el mejor que hasta el presente se le había ofrecido.

A juicio del joven «Doug», el trabajo en las cintas sincronizadas es mucho más duro que el de la escena, pero prefiere el primero porque sus rendimientos son muy superiores.

Habla perfectamente el francés, y ya ha trabajado en este idioma para las películas de exportación. Le gusta mucho la lectura, sobre todo el género biográfico y la filosofía metafísica.

Douglas mide seis pies justos de estatura (180 m.) y su peso de 90 kilos demuestra lo recio de su figura. Sus deportes favoritos son los atléticos, muy especialmente el boxeo y la natación. Años atrás se distinguió también mucho en la práctica de sirgar.

Declara a cuantos quieren oírle que no tiene preferencia por ninguna clase de trabajo, y que todo lo que hace es por pura necesidad, pero cuando se pone a trabajar, trabaja a conciencia y muy bien.

Sus más recientes creaciones son: «La patrulla del amanecer», «El camino de todos», «Una noche en casa de Lucia» y «Vínculos molestos».

Con el fin de dar más libertad para que todos los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace soledad del contenido y concepto de los artículos, que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.

JAY, QUE ME CAIGO!

(Continuación de la página 21)

En el vapor próximo a zarpar para Los Angeles, el populoso puerto de California, a que tanta fama han dado y darán los grandes estudios cinematográficos de Hollywood, hallamos a Harold Horne, que ha ido a entregar unos zapatos y que, despedido el encargo, se dispone a volver a tierra, y tropieza de manos a boca con miss Betty.

— ¡Cuanto alegría que nos toque hacer el viaje juntos! — dice ella. — Estaba tan segura de que saldría usted en este barco, que hubiera sido una desilusión no verle aquí.

Harold Horne no sabe a qué tanto encomendarse, ni cómo salir airoso del mal paso en que lo metiera la pichra vanidad que lo indujo a dejar que sus adorados negocios por atender a algunos de los cuales se hallaba de tránsito en Honolulu. Sin poder deshacerse de miss Betty ni de mister Tanner y Mrs. Tanner, a quienes la joven se ha apresurado a comunicar la gratísima nueva de que le tendrán de compañeros de viaje, el desventurado ve dirigirse precipitadamente hacia la escalera a los que fueron a bordo a despedir a los pasajeros, oye el silbato de la sirena, que se le antoja la mismísima trompeta del Juicio Final... Y llevándose por todo equipaje un sombrero de paja, por única capital veinticinco centavos, rica convertida, cuando el barco se ojea del muelle, en arrogancia improvisada, en pasajero de guerra.

De los ausos, apuros, ayunos, vigiliat, argucias, malandanzas, ardid, de cuantos pecanaces sufre Harold Horne y de cuantos medios se vale para pasar inadvertido ante el sobre-

cargo y demás empleados de la ciudad flotante y sostener ante miss Betty y los esposos Tanner su papel de sujeto de grandes negocios, entre los cuales ocupa lugar principal el de pié para la fabricación de calzado, hacemos gracia al lector a fin de llegar prontamente a la más chistosa, extraordinaria y arriesgada de las aventuras de Harold Horne.

La cual empezó cuando, hallándose platicando con miss Betty, llegó a esta mister Tanner, hecho un basilisco, y la increpó, mientras blandía unos papeles, en las siguientes palabras:

— ¡Se ha lucido usted! Me dijo que el plazo para presentar esta oferta vencía el 18, y acabó de enterarme que vence mañana, 16! ¡Perderé un contrato que importa miles de dólares... y todo por su estupidez!

— Pero, mister Tanner — opuso la interpellada —, ya le dije que el plazo vencerá el 16. Lo recuerdo muy bien.

— Apenas lleguemos a los Estados Unidos — contestaba el iracundo magnate del negocio —, el cordobán —, buscaré otra secretaria, una que no tenga cabeza de chorlito.

— Puede que todo, tenga remedio. ¡Querer es poder! — interviene Harold Horne, después de haber recogido los papeles que mister Tanner había tirado a los pies de Betty.

— ¡Calle, majadero! — vociferó el magnate. — Ya me tiene usted hartos con su filosofía barata. Esta propuesta debería presentarse en Los Angeles mañana, y tardaremos un par de días en llegar... ¡Dígame ahora que todo tiene remedio!

— ¡Se lo digo! — replica Harold Horne enzándose conforme a la preceptuación en la parte pertinente del curso por correspondencia. — Y le aseguro que la propuesta estará en Los Angeles mañana misma.

— ¡Hah! — bufa mister Tanner.

— ¡Bah? ¡Irás! — rebufa Harold Horne em-

parando a su ofendida dignidad en el retén-cano.

Por huir de los oficiales que le dan mala, Harold Horne se ha refugiado en la estafeta de a bordo donde, siempre prudente, se mete dentro de una valija de la correspondencia, a fin de sentirse más a salvo. La valija acierta a hallarse entre las que se transbordarán en breve al aeroplano correo de Los Angeles. Con lo cual el pasajero de guerra emprende inopinado y azaroso viaje por los aires...

La desusada encomienda postal llega a su destino y queda, junto con otras valijas, a la entrada del edificio de correos. Y quiere la casualidad, que por lo visto no se fatiga de ensañarse en Harold Horne, que un andamio, al ser izado, se lo lleva embutido en el saco conforme se halla, en seguida, y no muy segura sensación.

Lucha el cautivo por salir de su encierro, y al fin lo logra, pero, ¡para qué si no es para verse suspendido a muchos metros de la calle! En tan incómoda cuanto peligrosa postura, con constante riesgo de romperse la erisma, sube y baja en el andamio según las alternativas de la discusión sostenida en la asota por dos plátos que lo manejan, ajenos casi a lo que están haciendo y ajenísimos de la presencia de Harold Horne... Queda después suspendido de un garfio... Voltea, semejante a marioneta fantástica, agarrado a la extremidad de una manga de incendio, a la cual hace latiguar la fuerza del agua... Al cabo, llega a pisar terreno firme, consulta el reloj y sale disparado a entregar la propuesta que valdrá a mister Tanner la adjudicación del contrato...

Última escena. Harold Horne convertido en gerente general de ventas del calzado Tanner. Miss Betty, próxima a convertirse en Mrs. Horne...

DIRECCIONES DE ARTISTAS

Actores ingleses

Adair (Miss Molly), 18, Alandale Villas, Shepherd's Bush, Londres.
Arthur (George K.), Beaconsfield, Bucks.
Balfour (Miss Betty), 41, Craven Park, Willesden, N. W.
Brandt (Miss Elizabeth), 29, Gloucester Garden's S. W.
Brenn (Miss Evelyn), c/o Sydney Jay, Palace House Shaftesbury Avenue, W. 1
Brook (Clive), 12, Abercorn Place N. W. Hampstead.
Compton (Miss Fay), c/o Gaumont C. Ltd., Deans St. Piccadilly, Londres W. 1
Day (Miss Marjorie), 16, Long Acre, W. C. 2
Goya (Monna), c/o M. Wells, 10, Long Acre, Londres W. C. 2
Hyland (Peggy), Marlborough Road, N. W. 1 — Londres.
Laglen (Victor Mc.), 41, Craven Park, Willesden, N. W.
Le Breton (Flora), 34, Nevers Square, S. W. 5, Londres.
Morgand (Fred), 18, Emmanuel Road, Balham S. W. 12
Novello (Ivor), 11, Aldwych, W. C.
Todd (Mikolm), c/o Royal Air Force Club, 128 Piccadilly, London W. 1

Artistas austríacos

Astay Vilma, per Adr., Mein Film-Wien, IX, Gumpelgasse, 8.
Drexler Dely, Wien, XVIII, Gumpelgasse, 144.
Flemmich Emmy, Wien, II, Ybbstrasse 28-29.
Grell Marie, Wien, IX, Ayzenhofgasse, 1.
Hobas Daisy, Wien, V, Margaretenhof, 4.
Kallina Anna, Wien, I, Rathausstrasse, 17.
Kraus Irene, Wien, I, Döblhofgasse, 8.
Miley Ann, Wien VI, Weyringergasse, 33.
Natzler Lilli, Wien, VI, Füllradgasse, 3.
Petrovits Grell, Wien, VIII, Lerchenfeldstrasse, 14.
Amon, Anton, Wien, VII, Kaiserstrasse, 50.
Antonias Paul, Wien, VII, Westbahnstrasse, 27.
Aslan Raoul, Wien III, Weyrgasse, 9.
Banks Hermann, Wien, VI, Köstlergasse, 5.
Berez Oskar, Wien, V, Margaretenstrasse, 82.
Danegger Josef, Wien, IV, Wiener Haupt-Forst Karl, Unterzirkendof bei Wien.
Hartmann Paul, Wien, I, Hofburg, Schwarze Adler-Strasse.
Heine Albert, Hofrat, Wien, XIX, Langackerstrasse, 7.
Homma Hess, Wien, VII, Siebensterngasse, 2.

Artistas belgas

Breville (L.), Théâtre de la Galté, Bruselas.
Dailly (Cléo), rue des Commerçants, 6, Bruselas.
Dumont Micky (Mlle.), 16, boulevard Emile de Jacmain, Bruselas.

Ellis (William), 92, Avenue Louise, Bruselas.
Frank (Marthe), 26, Rempart Kipdorys, Anvers.
Lemarche (M-C), 28 rue Charles-Duprel, Charleroi.
Martin (Francis), 12, rue Plantin, Bruselas.
Murano (Robert), 218, Avenue de Jette, Bruselas.
O'Kelly (Jimmy), 24, rue de Moseou, Bruselas.
Renson (Mme.), 26, Rempart Kipdorys, Anvers.
Talbot (Maryse), 10, rue Gallait, Bruselas.
Tumand (L.), 26, Rempart Kipdorys, Anvers.

Artistas españoles

Alcántara (Herminia y Adeline), Pardiñas, 20, Madrid.
Aleman (Isabel), General Arronda, 3, Madrid.
Anaya (María F.), Echegaray, 22, Madrid.
Becker (Erna), Alonso Cano, 27, Madrid.
Ecedero (Celia), Princesa, 60, Madrid.
Montero (Dino), Mariano Fernández, 8, Madrid.
Zan (Teresa), Cervantes, 55, Madrid.
Peruche (Américo), Barbieri, 21, Madrid.
Alba Carranza, Carmen, 11, duplicando, Madrid.
Lary (Mary Sol), Manuel Becerra, 3, Madrid.
Azcarroga (Aurea), Tomás Bretón, 2, (Paseo de las Delicias), Madrid.
Morera (Lina), Don Ramón de la Cruz, 14, Madrid.
Piquer (Conchita), Salud, 15, Madrid.
Ruiz (Isabelita), Cardenal Cisneros, 12, Madrid.
Romero (Elisa Ruiz), León, 23, Madrid.
Rosini (Flora), Pl. del Angel, 13 y 14, Madrid.
Toledo (Carmen), Jovebanos, 7, Madrid.
Torres (Marina), Tortosa, 6, Madrid.
Ortega (Amelia Sánchez), Montero, 47, Madrid.
Sebrado (Ana Tur), General Alvarez de Castro, 3, Madrid.
Velázquez (Rosario), Diego de León, 59, Madrid.
Vianco (Carmen), Campomanes, 11, Madrid.
Alvarez Rubio (Pablo), Arenal, 19, Papelería Madrid.
Elviro (Pedro) (Pitout), Hortaleza, 60, Madrid.
Jimeno (José), Julián Pradilla, 22, Puente de Vallecas, Madrid.
Lazrodaga (Pedro), Luchana, 33, Madrid.
Montenegro (José), Huertas, 58, Madrid.
Nieto (José), Carmen, 18, Madrid.
Náñez (Ricardo), Juan de Henz, 5, Madrid.
Orduna (Juan de), Alfonso XIII, 3, Observatorio, Madrid.
Orozco (Alfonso), Humilladero, 4, Madrid.
Pitusa, San Nicolás, 11, Madrid.
Rivers (Javier), Mel ndez Valdés, 44, Madrid.
Rodríguez (Julio, barón de Kardy), Palma, 69, Madrid.
Suárez (Eduardo P.), Bailén, 24, Madrid.
San Germán (Manuel), Amoniel, 3, Madrid.
Zamorá (Angel de), Paseo del Hospital, Carabanchel Bajo, Madrid.
Castillo (Luis) (Vela del), Altamirano, 26, Madrid.

Barcelona

Miró (Margarita), Mayor, 6, San Gervasio.
Fernández Sala (Luisa), Salmerón, 252.

Quirny (J.), Tapioles, 14.
Llobet (Federico), Comerá, 4, 1.
Villalonga (Remedios), Diputación, 90.

Artistas Italianos

Bartolomeo Pagano (Mariste), en su Villa de San Mario, Genova.
Dunbrava Dina (Pensione Venero), Nápoles.
Enlomo (Soy), 15, Vialdi Villini, Roma.
Gervais (Giorgio), 110, via Luca Giordano, Nápoles.
Jacobini (Maria), Italia Film, Piazza Tronbetta, Turin.
Leda Gys, Lombardo Film, Nápoles.
Lennidoff (Heana), Vera Film, Coura d'Italia, Roma.
Liguore (Rina de), c/o Kinés, Roma.
Livia Pavaneli, Lombardo Film, Nápoles.
Mazzini (Almirante), Italia Film, Viale Parioli villino Franchetti, Roma.
Menichelli (Pina), Rinascimento Film, Viale Parioli, villino Franchetti, Roma.
Pagani (Ernesto) U. C. 1, 51, Via Macerata, Roma.
Paulaire (Pauline), c/o Kinés, Roma.
Payer (Lino), Tamai di Sacile, Udine.
Polidor Via Ripetta, 39, Roma.
Sangro (Elena), c/o Kinés, Roma.
Seren (Gustavo), Filmgraf, 59, Via Flaminia Roma.
Valeri (Oscar), Corso Carlo Alberto, 12, Foto, Marlina Saluzzo, Prov. di Cúneo.
Zanussi (Lucia), c/o Kinés, Roma.

Artistas japoneses

Actores

Bando, Teamasaburo, Batsuma Production, Japon.
Obkochi, Denjira, Sociedad Nikkatsu.
Takiyata, Ryunosuke, Shochiku, Shimokamo.
Okada, Tokihiko, Sociedad Shochiku.
Suzuki, Demmel, Sociedad Shochiku.
Katoaka, Chizo Nikkatsu, Chiozo.
Hayashi, Chojiro, Studio-Shimokamo.
Nakano, Eiji, Sociedad Nikkatsu.
Bando, Junosuke Shochiku-Shimokamo.
Ichikawa, Itazono (Independant).
Takada (Minoru), Sociedad Shochiku.
Shima, Kei, Sociedad Nikkatsu.
Tanizaki, Juro, Makino Production.
Nerishi, Teichiro, Makino Production.
Nakano, Ryutaro, Makino Production.
Dan (Tokumaru), Sociedad Toa.
Kumoi, Ryunosuke, Sociedad Kawai.

Actrices

Fushimi, Naoyé, Sociedad Nikkatsu.
Natsukawa, Shizuo, Sociedad Nikkatsu.
Tanaka, Kikuyo, Sociedad Shochiku.
Chihaya, Akiko, Shochiku-Shimokamo.
Takahara, Hisako, Sociedad Nikkatsu.
Yakumo Yémiko, Sociedad Shochiku.
Kurishima, Sumiko, Sociedad Shochiku.
Iris, Takako, Sociedad Nikkatsu.
Sakai Yonéko, Sociedad Nikkatsu.

hija de un humilde campesino de Castellaneta, empleado en otro tiempo por el padre de Rodolfo en la época de la vendimia o de la recolección de la aceituna. Cansado de los humildes menesteres, llevando consigo a su familia, había abandonado el hombre su pueblo natal, buscando de ciudad en ciudad algún empleo estable que le proporcionara, sino la fortuna, por lo menos lo necesario. Fué vegetando de Castellaneta a Nápoles, de Nápoles a Roma y a Venecia después. La casualidad de un paseo en *caperello* hizo que Rodolfo le encontrara y le reconociera. Y aquel día, el joven siguió a su compatriota hasta detrás de la *Merceria*, al final de un dédalo de callejones sin aire para compartir la *suppa di verdura*, con que se deleita el pueblo veneciano, en la obscura morada de su paisano, elevado a la condición de piloto del remolcador.

Allí fué donde vió, o volvió a ver más bien, a Bettina, pero la niña de Castellaneta se había metamorfoseado, abierto deliciosamente como una flor de granado.

Rodolfo regresó otras veces, para hablar «del pueblo» con el padre, pero en realidad para volver a ver a la joven. Al principio pasaba por allí «por casualidad», pero luego venía sencillamente sin experimentar la necesidad de explicar su visita.

Y, poco a poco, nació una intimidad que hizo de Rodolfo una especie de hermano mayor muy tierno, más tierno cada vez, de su linda amiga. Los domingos obtenía permiso para llevarla a pasear e invitarla a bailar. Y daban embriagadores paseos a lo largo de los muelles, a través de los canales, hasta el Lido, o discretas *trattorias* entremezcladas de largas detenciones durante las que la efervescencia de un amor naciente se fundía con las charlas infantiles de la juventud...

La loca fiebre del Carnaval obró sobre aquel idilio como el calor de un invernadero sobre una flor precoz. El final del primer baile les halló refugiados en la sombra propicia de los pórticos de un *palazzo* desierto:

unidos sus labios, se abandonaban a las promesas de los primeros abrazos.

Los meses transcurrieron para Rodolfo en una atmósfera de ensueño; su facultad de vivir parecía decuplicada. Trabajaba intensamente y luego, apenas terminada su labor de estudio, se entregaba con frenesí a las evocaciones, a las esperanzas y a los proyectos. Y así todos los días. Por su parte, Bettina experimentaba el intenso ascendiente del amor de Rodolfo, sin intentar el menor esfuerzo para combatirlo. Comprendía, sabía que se disponía a cometer una locura, que su guapo enamorado representaba para ella un sueño inalcanzable, que la diferencia de sus respectivas situaciones sociales, la vida misma, se encargaría de separarles...

No importaba. Se entregaba sin reservas a lo que constituía para ella la única razón de vivir.

En su interior, durante sus ensueños casi subconscientes, se había consagrado, se había entregado a Rodolfo. Sólo un piadoso juramento la había detenido hasta entonces: un juramento hecho a la *Madonna de Santa Maria Maggiore*, que la ligaba fuertemente... Pero no por mucho tiempo: se acercaba lo inevitable. No tardaría en sonar la hora en que se encontraría libre, libre de su último escrúpulo, de la violencia de los prejuicios, libre de todo, para mejor poderse sujetar al yugo de su amor.

La noche del día mismo en que cumplía dieciséis años — la fecha fatídica, que coincidió con un suave domingo de primavera, obtuvo permiso para ir sola con Rodolfo hasta el Lido, a ver desde lejos el esplendor de una fiesta náutica organizada por los *snobs* cosmopolitas del hotel Excelsior.

En realidad, no radicaba la fiesta en las vueltas de las parejas desconocidas bajo las gólgas de faroles venecianos, ni en el vuelo de los cohetes llenando con sus resplandores fosforescentes las aguas tranquilas de la playa, ni tampoco en el murmullo elegante de una muchedumbre



SEGUNDA PARTE

LA JUVENTUD DE LA ESTRELLA

CAPÍTULO V

DE CASTELLANETA A VENECIA

CASTELLANETA... Allá lejos, al extremo de Italia; en las Pouilles, bajo la caricia de un sol perpetuo, una pacífica población acurrucada alrededor de su campanario... En las inmediaciones, las colinas que blanquean erizadas de raras construcciones de piedra, de cónicos *trulli*, en los que los cazadores y los campesinos buscan refugio a la hora cálida de la siesta. Las cigarras chirriando en las plateadas plantaciones de olivos. Y, en los huecos de los valles, la tímida verdura de los prados y las viñas.

Castellaneta... Aquí, los padres de Rodolfo son personajes importantes. Entre los varios millares de habitantes de la aldea, su padre, *il signor cavaliere Guglielmi*, doctor de la Universidad de Nápoles, antiguo capitán de la caballería real y veterinario ahora, cuyos trabajos y descubrimientos fueron objeto de comunicaciones y hasta de elogios de la Academia de Medicina de Francia, goza de general consideración.

Su madre, gravemente hermosa con su rostro de virgen, conserva las huellas todas de su origen francés, lleva el bonito nombre de Valentina de Antonguolla. Y su alma tierna y romántica se complació en dar a su hijo una multitud de nombres... ¿Qué

será de aquel pequeño Rodolfo-Alfonso-Rafael-Pedro-Filiberto Guglielmi, cuyo nacimiento festejaron las campanas el 6 de mayo de 1895?

Los primeros años de Rodolfo fueron los de un *bambino* sensible y mimado, al que la ternura materna permitía esquivar las lecciones de la escuela; un *bambino* ya turbulento, ya soñador, dispuesto siempre a afirmar su despotismo de hombrillo entre las niñas compañeras de sus juegos.

El primer drama... A los doce años, una mañana, sin compadecerse ante su llanto, su padre se lo llevó hacia un destierro sin rigor, sí, pero un primer destierro; Rodolfo se convertía en pensionista del colegio Dante Alighieri de Tarento... Demasiados ensueños llenaban ya su cerebro de niño para que conociera allí la simple quietud del trabajo escolar... En Castellaneta, sus secretas expediciones a la biblioteca paterna le habían revelado el perfume de la poesía, despertando en él el gusto a la novela. Y por un raro y misterioso instinto, esperaba encontrar aquel mismo gusto en la vida. Sin comprenderle siempre muy bien, había oído a veces a su padre leer en voz alta las estrofas apasionadas de Leopardi, himnos desesperados al amor, o la prosa alada de d'Annunzio. Y luego, además, ¿no era acaso hijo de la tierra

feliz de las serenatas?... ¡Oh! Su profesor podía alabar muy alto las bellezas de las conjugaciones. Sólo con el ritmo de *Torna a Sorrento* o de la *Serenata Napolitana*, consentía el pequeño Rodolfo en aprender el verbo amar.

Gustaba también de erigirse en sujeto de ese verbo, con buena voluntad, tanto mayor cuanto que su recuerdo le presentaba, allá en algún jardín de Castellaneta, jugando o bordando a la sombra clara y embriagadora de algún laurel, el rostro de su primer amor infantil.

Trece años y medio: año de luto. Su padre, el señor Gugliemi, desaparece, dejando, a Dios gracias, a la señora Valentina de Antonoualla en una situación acomodada que la librará de toda preocupación de índole material. Más grave, más serio después de aquella desgracia que le afecta vivamente, Rodolfo permanece todavía otro año en el colegio de Tarento antes de partir hacia Perugia donde va a ingresar en la Escuela Militar de Bapionza para realizar la ambición que acaba de descubrirse: llegar a ser general.

Ciertamente estudia con celo. Pero, ¿cómo impedir que fermente en él toda la levadura amorosa que ha recibido de su raza, del destino?... Su cuerpo está prisionero, pero no así su corazón soñador de escolar, que se ha entregado a una hermosa *signorina* entrevista apenas en sus salidas dominicales.

Un día no puede resistir a su impulso. La semana transcurre con demasiada lentitud y el domingo tarda demasiado en llegar. Consigue burlar la vigilancia del censor, de los vigilantes y del portero; sale del colegio, corre a casa de la joven, pasa y vuelve a pasar por debajo de la ventana en que está ella sentada y, sin poder hablarla, la sigue hasta la iglesia, donde, por amor hacia ella, asiste al culto. Y finalmente se resigna a regresar al colegio en fogosa embriaguez. Pero su embriaguez es de

breve duración; su ausencia ha sido notada, con mayor motivo por cuanto está anunciada la visita del rey de Italia. Apenas es visto, Rodolfo queda arrestado. Dos horas más tarde resuenan los clarines. El rey... Rodolfo está furioso por no poder encontrarse en su sitio, en las filas, para saludar a su futuro jefe supremo. No puede permanecer quieto en su reducido aposento que sirve de calabozo... ¡Tanto peor! Con rápido impulso, el prisionero escapa... Corre hacia el patio donde tiene lugar la parada... Demasiado tarde; cuando llega no le queda tiempo sino para tropezarse con el cortejo oficial en una revuelta del pasillo...

Tres días después, despedido del colegio militar de Perugia y acompañado a la estación por una escolta, Rodolfo tomaba el tren para dirigirse a Castellaneta, presa de pesar... del pesar de no haber podido declarar libremente a la señorita de sus ensueños todo el amor que le profesaba.

Valentina Gugliemi, la dulce, melancólica y soñadora criatura, no dirigió duros reproches a su hijo preferido. Sus estudios no habían sido malos y permanecía fiel a su vocación... Puesto que Perugia no conservaba al hijo del antiguo capitán de la caballería real, y le separaba del ejército, harían de él un marino.

Así, pues, Rodolfo volvió a tomar el tren, con destino a Venecia ahora. En la ciudad de los Dux, en la romántica ciudad de las lagunas y de los poéticos canales, en la de las idílicas góndolas que surcan los ríos, a la luz de la luna, convertidas en nidos de amor, iba a prepararse para el ingreso en la Escuela Naval.

Esbelto, erguido, elegante en su uniforme que le daba una falsa apariencia de alférez de navío, era ya el adolescente cuya mirada revela el deseo inquieto, el adolescente en quien se posa la atención de las mujeres...

CAPÍTULO VI

BETTINA

No era Venecia para Rodolfo lo que es para el incesante cortejo de extranjeros que acuden a ella ávidos de romanticismo, de arquitectura o de placeres, muchas veces adulterados. Demasiado italiano para que se le viera andar por las *calli* bordeadas de palacios y navegar por los *rii*, con la guía en la mano, buscando la punta del Campanil o de la Catedral de Santa Maria della Salute, demasiado joven para concurrir a los lugares en que uno se divierte, Rodolfo salía muy poco. Por otra parte trabajaba intensamente, desoso de pasar brillantemente su examen de ingreso a la Escuela Naval, con la ambición incluído de alcanzar el primer puesto. Todo el vigor de su adolescencia, lo consagraba por entero a sus libros...

Por lo menos, así ocurrió mucho tiempo, mucho tiempo: semanas, meses, durante los cuales el futuro marino no conoció otras diversiones que sus salidas bisemanales con la familia del corresponsal que doña Valentina Gugliemi le encontrara en la persona del *Signor Cav. Ettore Galliano*, antiguo condiscípulo y colega del padre de Rodolfo. ¡Pácidas diversiones! Sencillos paseos familiares en los que le fué revelada la incomparable seducción de Venecia, la huella del pasado que, con la ayuda del agua y de la laguna, parece querer defender el silencio altanero y la gracia munificente de sus *palazzi* y la piedad de sus templos, contra la intrusión de la vida moderna, de sus sobresaltos, de sus fealdades, de su tumulto...

Fué entonces cuando, entre aquellas tranquilas distracciones, Rodolfo sintió nacer en él el entusiasmo de un cuerpo juvenil acostumbrado a los ejercicios del picadero y sostenido por el vigor que da la esgrima a sus

adeptos. Pero al placer que experimentaba su sana juventud en todo ejercicio gimnástico, al placer animal que experimentaba, por ejemplo, resistiendo un asalto de florete o dirigiendo un dominando el galope de un *pur sang*, le sustituía ahora otro placer mucho más sutil y mucho mayor también... A despecho de su inocencia, los bailes familiares a que le invitaba la cordial hospitalidad del *Signor Cav. Galliano*, eran, para el alma ardiente de Rodolfo, como un hogar donde conservaba y renovaba la necesidad de su ensueño, aquel eterno gusto por lo novelesco que llevaba en él. Las puras muchachas, las delicadas jóvenes, apenas núbiles, que consentía en aceptar como parejas — no sin una gran condescendencia, justificada en un «hombres de dieciséis años, — las vírgenes rubias o morenas que arrastraba en desatinados bostons — el tango estaba todavía terminantemente prohibido, — no eran para él ésta ni la otra, Regina, Elena, Lidia, Margarita ni Malvina; no. Eran la Mujer, la Mujer a la que presentía y llamaba con toda la exaltación de sus ardorosos sueños adolescentes.

Entre todos aquellos rostros, poco a poco, uno se dibujó con más tierno vigor, imponiéndose en el espíritu del joven.

... ¡Bettina! Largos años después, en sus horas de meditación, cuando estaba causado de la agitación constante de su vida, ella era la que invocaba la mente de Rodolfo; su grave rostro regular de líneas suaves, su cutis brillante bajo la cabellera de un rubio cobrizo, sus ojos leonados...

Bettina: no pertenecía como él a la aristocracia patricia, ni siquiera a la burguesía. No, porque no era en casa de su corresponsal donde la había encontrado. Bettina era sólo la

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca
de Catalunya



HENRY GARAT

ALBUM DE
FILM SELECCION



FRANCES DEE